

CARTA A LUIS ROSALES, AMIGO SESENTON

Querido Luis, hermano Luis: Has cumplido sesenta años; precisando más: los sesenta años, porque éste es el preciso término de la edad en que un hombre llega a la altiplanicie de su plena madurez. Ya se sabe: a los quince años se corona la adolescencia; a los treinta, la juventud; a los cuarenta y cinco se inicia el repecho de la madurez, ese estado de la vida cuyo nombre le reduce a uno a ser algo así como un higo o una sandía en sazón; a los sesenta, en fin, se alcanza el cabo superior de ese repecho. Avanzando en la vida, somos a la vez caminantes y semillas que se hacen fruto, y estas dos venerables metáforas condicionan, desde que entre los hombres hay poetas, lo que todos solemos decir de nuestra humana edad. Sesenta años, el comienzo de la altiplanicie de la madurez. Y después ¿qué? ¿La herida precoz de la arteriosclerosis o la flor tardía del *Edipo en Colono*? Ambos caminos son posibles—porque dentro del límite de su medida, aunque ésta diste mucho de ser la sofoclea, cualquier hijo de vecino es capaz de componer su particular *Edipo en Colono*—, y tal dilema vital es uno de los que nos roen durante las horas del insomnio nocturno, apenas uno ha empezado a caminar por esa bendita altiplanicie de la existencia, que un héroe de Arniches llamaría «sexagesimal».

Querido Luis, hermano Luis: Ya has llegado a los sesenta, y para gozo de tus amigos, esos sesenta tuyos más parecen caminar hacia tu *Edipo en Colono* que hacia la arteriosclerosis. Desde el gozo de ese esperanzado «hacia» quiero hoy hablarte de ti y de mí, de tu recién estrenada madurez plenaria—otra vez el frutal e inevitable terminajo—y de nuestra inmemorial amistad. Inmemorial, sí; porque si bien es verdad que el hecho visible de nuestro mutuo conocimiento aconteció en una fecha bien determinada, allá por los meses iniciales de 1937, bastaron muy pocas horas para que yo, oyéndote leer tus versos recientes; más exactamente: contemplando en mi intimidad cómo esos versos tuyos trascendían, sin desconocerlo, el mar de sangre que nos rodeaba, y echaban sus últimas raíces en la conorde vida española que no ha sido, pudo ser y acaso un día sea, comprendiese de golpe que nuestra naciente amistad ya existía antes de

encontrarnos, que no tenía fecha de origen; que era, como dice esa hermosa e insondable palabra de nuestro idioma, inmemorial. Y así, desde entonces, a través de alegrías comunes, penas comunes y comunes previsibles desengaños.

Luis, voy a decir nuestra amistad; a decirla, no a cantarla, porque el canto—aquel con que se arrancó un día tu frecuentado Virgilio y tú mismo podrías arrancarte— no es mi don, ni mi oficio. Nuestra amistad diré. Y para decirla, tal vez porque ahora escribo no muy lejos de los pagos en que tan gallarda frase fue inventada, las primeras palabras que me vienen a las mientes son las de Montaigne para explicar por qué él y el malogrado La Boétie fueron tan cabales y cumplidos amigos: «Porque él era él y yo era yo.» Gallarda frase, sin duda. Con ella es por vez primera afirmada en la Historia, si no me equivoco, la exigencia de la personalidad como fundamento de la relación amistosa. Aristóteles y Cicerón hablaron de la amistad en términos de naturaleza; Aelred y Tomás de Aquino, en términos de naturaleza y de persona. Pues bien, ya con plena conciencia de hombre moderno, aun cuando más como libre ensayista que como filósofo, Montaigne hablará en términos de naturaleza, persona y personalidad; por tanto, de carácter. «La Boétie y yo éramos amigos porque él era él y yo era yo.» Sí, gallarda y profunda frase; un ser sin carácter no puede ser amigo, y de un ser sin carácter no se puede ser amigo. Pero la tal frase, ¿no sería más entera y verdadera diciendo: «Porque él era él, yo era yo y él y yo éramos nosotros.» Algún día intentaré dar razón detallada de esta indispensable añadidura. Mientras tanto, con ella me quedo y desde ella te digo: «Querido Luis, hermano Luis: Hemos sido y seguimos siendo amigos porque tú eres tú, yo soy yo y tú y yo somos nosotros.»

En esta inmemorial amistad nuestra, ¿qué eres tú, qué soy yo, cómo y en qué tú y yo somos nosotros? Si no fuésemos capaces de dar respuesta suficiente a esta interrogación, todo quedaría en una linda frase formal; esto es, en algo muy distinto del testimonio personal—personal e intransferible, como administrativa y filosóficamente suelen decir los documentos oficiales—que en mi intención debe ser esta carta abierta. No quiero, sin embargo, hablar de mí; me conformaré diciendo que en este caso yo soy el beneficiario de tu amistad, de una de tus más verdaderas amistades—déjame creerlo así—, y también, en la medida de mis dones y habilidades, un operario de ella. Como operario de esa amistad te escribo en los prime-

rísimos días de esta vacación estival. ¿No es acaso la vacación el tiempo en que la conducta de uno es más libremente fiel a lo que uno quiere ser? Y entre todo lo que yo quiero ser, ¿no se halla en bien destacada línea mi condición de amigo tuyo? Basta ya, sin embargo, en cuanto al yo que yo soy. Para decir nuestra amistad, Luis sesentón, hablaré tan sólo de ti y de nosotros.

Somos amigos porque tú eres tú. ¿Y quién eres tú? ¿Y qué eres tú? ¿Y cómo eres tú? Quede intacta la primera de estas tres preguntas; porque «quién» es una persona sólo pueden responderlo con garantía el documento nacional de identidad y Dios; y yo no soy tan demente como para crearme «loco-Dios», a la manera de aquel de Echegaray, ni tan ambicioso como para pedir a nadie el susodicho documento, a la manera de los agentes de Policía. El «quién», pues, para Dios y para los policías. Pero tu «quién», Luis, es para mí un «qué» y un «cómo», y de estas dos determinaciones de tu naturaleza, tu persona y tu carácter, en cuanto amigo mío, sí me creo capaz de decir palabras dotadas de cierta verdad y de algún sentido.

Empecemos por lo más obvio y consabido. Tú, Luis, eres poeta, gran poeta. Como poeta te conocí; como poeta te he visto luego crecer hasta la ingente altura y la ingente hondura de *La casa encendida*. Pero cuando se trata de un poeta amigo, y precisamente en tanto que amigo, decir esto de él se halla muy lejos de ser cosa suficiente, porque hay que declarar cómo el poeta es el hombre y la persona que él es a través de su propia poesía. En tu caso, nuestro penetrante e iluminador Luis Felipe va a darnos la fórmula; mejor dicho, las fórmulas, porque no menos de dos son las que ahora necesito. La primera suena así: «En vez de la vida heroicamente al servicio de la poesía, ésta, la poesía, humildemente al servicio de la vida.» Toda tu poesía—desde tus más hondos o *jondos* hallazgos psicológicos o metafísicos—«El destino es llevar la mirada en los ojos abiertos»—hasta tus más fulgurantes y exploradoras invenciones verbales—«Un corazón descalzo y necesario», una aceptación de la existencia que se diluye «en la orfandad civil del entusiasmo»—, toda tu poesía, Luis, es un deliberado y gratuito servicio a lo mejor de la vida de cada uno. La segunda de esas fórmulas reza como sigue: «Casi toda la poesía de Luis Rosales posterior a *Abril*, incluyendo los momentos más subjetivos del *Retablo sacro*, va a ser poesía elegíaca o hacia el pasado.» Pero tan grande y radical verdad no podría ser íntegramente comprendida sin una glosa y un complemento.

Tomada a la letra y desprendida de su contexto, cabría entender

esta última sentencia como una nueva paráfrasis del tópico *parecer* manriqueño: que «cualquiera tiempo pasado / fue mejor»; y yo sé muy bien, Luis, que no es precisamente ése tu personal sentir acerca del pasado y la memoria. Porque tú, siguiendo una línea metafísica, religiosa y poética que, a través de Unamuno y San Juan de la Cruz, sube en el tiempo hasta San Agustín—o acaso hasta Platón, cuando éste afirmaba que no es sino *anámnesis*, recordación, todo movimiento de la mente humana hacia la «verdad verdadera»—, tú sientes, piensas y dices con tus imágenes, y con tus asertos, que la vida sucesiva y terrena del hombre es una memoria en cuyo seno late, acaso invisible, una esperanza, y una esperanza en cuya raíz alienta, acaso inconsciente, una memoria. Así veo yo la cifra esencial del contenido de tu corazón y así entiendo, también en esencia, una parte importante del «qué» y del «cómo» de tu condición de amigo mío.

Poesía humildemente puesta al servicio de la vida; al servicio, por tanto, de aquello que cualquier hombre es—éste, ése, aquél, yo mismo—cuando quiere acercarse a lo que él puede y debe ser y de aquello hacia lo que uno vuela cuando trata de alcanzar lo que sólo volando puede alcanzarse. Memoria de todo lo vivo y todo lo muerto—en tu caso: memoria de tus padres, de tu hermana monja, de Pepona, de Juan y Leopoldo, de cuantos en torno a ti todavía quedamos, de la ciudad donde todo ocurre el día del Corpus, de todo lo que en Villamediana fue noble, de esta España materna y fratricida—, memoria de lo vivo y lo muerto para descubrir el amenazado hilillo de esperanza que siempre lleva en su tuétano lo cabalmente recordado. Esto y así eres tú, mi tú; y entre tantas y tantas cosas más, porque el trato contigo es bosque inagotable, en esto que tú eres y en el modo como tú lo eres tiene su clave secreta, creo yo, lo que por tu parte ha sido el «nosotros» de nuestra amistad.

Muy bien sabes tú, y muy bien sé yo, que para ser de verdad puro el «nosotros» de la amistad ha de hallarse compuesto por dos personas, de las cuales cada una se llama a sí misma «yo», llama a la otra «tú» y dice «nosotros» para nombrar la unitaria y misteriosa realidad—¿no es acaso un misterio que dos personas puedan fundirse en un ser dual y único?—que en los momentos cimeros de la relación amistosa ella forma con su amigo. Mas también sabe cualquiera que el «nosotros» de la amistad puede en ocasiones ser bastante más amplio y laxo, y no otra cosa ocurre cuando varios amigos hablan colectivamente de sí mismos. ¿En qué y cómo somos «nosotros», tú y yo? Delicada pregunta, cuya respuesta quiero reservar, para que

también en la entraña de esta carta tan abierta haya enigma y esperanza hasta la otra, la que cuando hayas cumplido tus setenta —es decir, la segunda de las edades habitualmente conmemoradas— pienso escribirte. Ahora me contentaré diciéndote a mi modo algo que tú conoces: en qué y cómo seguimos siendo «nosotros» un puñado de amigos —tú, Dionisio, Antonio, Luis Felipe, Rodrigo, Gonzalo, Primitivo, Alfonso, Pepe— a los que un día reunió y unió el dolor de nuestro pueblo.

Dionisio, Antonio, Luis Felipe, Rodrigo, Gonzalo, Pepe, Primitivo, Alfonso, tú, yo mismo... Cada uno es —somos— cada uno, como para hacer real la sentencia con que nuestro más popular lenguaje describe la realidad de una persona; mas cuando en bloque o parcelados nos llamamos a nosotros mismos «nosotros» y queremos hacerlo por encima y por debajo de cualquier complacencia de tertulia (la cual, quede dicho entre paréntesis, tampoco deja de ser buen viático en la faena de ir labrando la propia vida), entonces, Luis, ¿no es cierto que algo muy hondo y muy real de nuestra alma se hace en ella vivo y palpitante? Viendo lo que al servicio de ese «nosotros» has hecho tú, déjame decirte ahora cómo yo lo siento.

Recuerdo sin querer una consigna del Albert Camus joven a los hombres de su edad: «Sólo una cosa os pido: que viváis a la altura de vuestra desesperación.» No está mal; pero yo, que en el orden de la vida histórica he ido conociendo algo más grave que la desesperación; debo afirmar que no me gusta ese sentir, ni esa retórica me encanta. Y como no soy hombre de consignas, ni de arengas, me conformaré diciendo sin jactancia que nosotros, y tú a la cabeza, hemos procurado ir viviendo en el mundo a la altura de nuestro corazón.

Nos juntó, ya lo he dicho, el dolor de nuestro pueblo; no su saña, aunque entonces la había, sino su dolor. Y hemos vivido a la altura de nuestro corazón, porque desde ese doloroso trance siempre hemos tenido como deber principal el de unir con nosotros y entre sí a todos los españoles en cuya vida hubiese alguna señal de excelencia o algún barrunto de buena voluntad. No hablaré de generación, término demasiado amplio o demasiado presuntuoso; me limitaré a hablar de grupo. Pues bien, Luis: aparte lo que cada uno de nosotros haya hecho y pueda todavía hacer por sí mismo —ahí está lo que tú como poeta nos has dado, y como zahorí de Don Quijote, y como vidente de la poesía ajena—, tengo por cierto que en ningún otro de los grupos intelectuales y literarios de España, desde que de ellos hay memoria suficiente, ha operado con tan deliberada, constante y en-

cendida pasión la necesidad de valorar y juntar esos dos linajes de españoles: los excelentes y los benevolentes. La paz o la apariencia de paz han permitido a las generaciones, los grupos y los individuos anteriores a nosotros—¿necesitaré recordar nombres, conductas y episodios que cualquiera conoce?—el gusto de afirmarse polémicamente frente a los más viejos y frente a los más jóvenes. No lo hemos tenido nosotros y no hemos querido tenerlo, aunque para esa lid distemos mucho de ser mancos, porque nacimos a la vida histórica viendo a nuestro alrededor mares de sangre derramada, sangre en cuyo derramamiento nunca quisimos tener parte, y este dolor enorme—el dolor de todos los muertos, de los exiliados, de los silenciosos, el de los limpios de alma bajo cualquier etiqueta—se nos metió dentro del pecho y exigió de nosotros, para poder ir viviendo a la altura de nuestro corazón, de un corazón que tú habías de llamar «descalzo y necesario», esa existencia caminante y estimadora hacia los excelentes y los benevolentes, aunque su modo de entender la verdad y la bienquerencia no fuese el nuestro. Tú has sido, tú, siendo Luis Rosales, y así Dionisio, Antonio, Luis Felipe y los demás; pero nosotros hemos sido en nuestra patria «nosotros», siendo de continuo, hasta cuando parecíamos olvidarlo, peregrinos de la vida concorde, pontoneros de la vida plural, pregoneros de toda vida valiosa. *Ut omnes unum sint*, tal ha sido, a lo humano, nuestro lema; con la sola condición de que ese *omnes* lleve dentro de sí la excelencia y la benevolencia y ese *unum* no excluya la inalienable libertad de poder ser «cada uno» el «cada uno» que pública y honestamente quiera ser.

Así considerados, pienso, Luis, que algo hemos hecho para que no se rompiese la continuidad de la cultura española y que dentro de ese «algo» reside lo no poco que en el empeño es personalmente tuyo. Ahí estás tú, dentro de tu casa todavía no encendida o encendida ya, con la mirada en los ojos, la palabra en los labios, la pluma en la mano, el corazón rebosante de sí mismo y ese tiempo tuyo siempre disponible, siempre presente y ofrecido; ahí estás tú, Luis, trabando en continuidad y dejando a la vez que todos ellos sean libres, enteros y verdaderos, a Unamuno y Machado, a Juan Ramón y Ayala, a Federico y Jorge, a Dámaso y Gerardo, y a Vicente, y a Cernuda, y al primer Valverde, aquel cuyos grandes ojos todo lo sabían y todo lo ignoraban, y al *dandy* resignado que entonces era y acaso siga siendo Aquilino Duque, y a Félix Grande antes de empezar a serlo, y a tantísimos más de esta ribera del idioma, para no contar los otros tantos de la otra... Continuidad de nuestras letras en el tiempo, desde el decir arcaico de Fernán González hasta el inédito decir de nuestros

nietos; continuidad de nuestra lengua en el espacio, desde el pequeño rincón donde nació Castilla y desde la mínima vega del Darro hasta las playas donde los Darío, los Vallejo y los Neruda han visto la luz. Y en el centro de ambas continuidades, tú, en tu creciente casa encendida, tú, el hoy incipiente sesentón, que para alegría de tus amigos eres ya Luis Rosales y todavía no eres Luis Rosales. Verte día a día avanzando, a lo largo de muchos, muchísimos más, hacia la plena realidad de ese Luis Rosales que, siéndolo ya, todavía no eres, es uno de los deseos más vivos y más hondos de tu inmemorial amigo.

(San Juan de Luz, agosto de 1971)

POST SCRIPTUM.—Releo lo escrito, Luis, y encuentro una deficiencia que a los dos nos atañe. El «nosotros» colectivo de que hablo se refiere, como es obvio, a los que con motivo de nuestra guerra civil y durante ella trabamos una amistad dotada de cierto «sentido español», si vale decirlo así. De ahí los nombres que menciono. Pero ¿cómo no decir hoy que tú y yo hemos sido luego y seguimos siendo amigos excelentes de otros, y que la amistad con muchos de ellos posee también ese sentido? Entre tantos posibles, déjame nombrar sólo a cuatro: José Luis, Rafael, Julián, José Antonio; y creo que, como antes, bastan sus nombres propios para que tú sepas de quiénes hablo.

PEDRO LAIN ENTRALGO